

Galilea. 153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

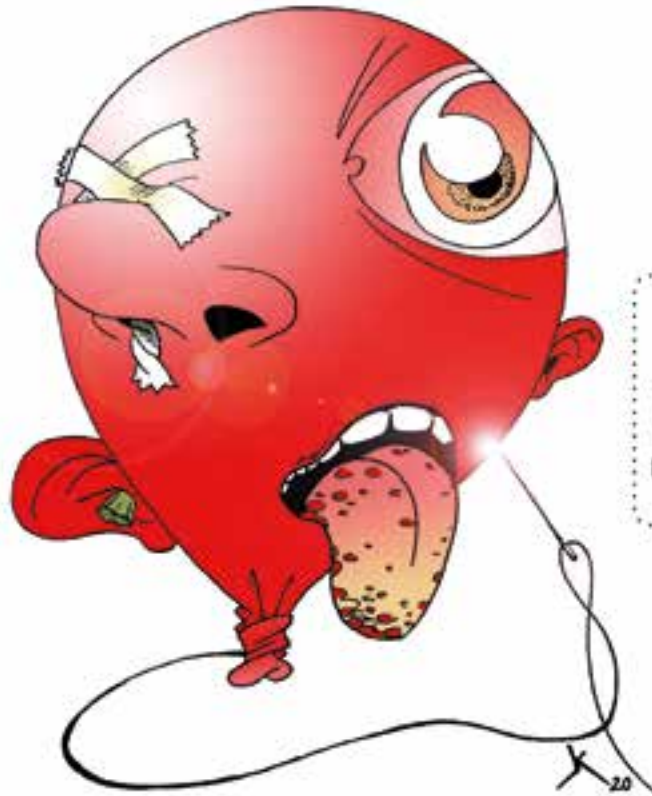
Dios en los sentidos



**«Amarás al Señor, tu Dios,
con todo tu corazón, con toda tu alma,
y con toda tu mente» (Mateo 22,37)**

Número **14**
Julio-Agosto de 2020
4,00 €





¿PARA QUÉ QUEREMOS VER, OÍR, OLER, GUSTAR Y TOCAR, SI LUEGO NOS CENSURAMOS, Y NO MIRAMOS, NI ESCUCHAMOS, NI INQUIRIMOS, NI SABOREAMOS, NI ACARICIAMOS A LOS DEMÁS? ...

Sumario:



4
11



6
12



8
14



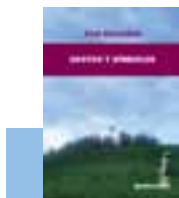
9
15



10
16



Y en la web (<http://galilea.153.cpl.es>)



Galilea.153
Liturgia, pastoral, vida cristiana

Año 3. Número 14
julio-agosto 2020

Edita:

Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona

Periodicidad:

6 números al año

Suscripción anual

2019/2020:

En papel: 24,50 €

Online: 18,50 €

Precio de este ejemplar:

4,00 €

Dirección:

M. Àngels Termes
matermes@cpl.es

Equipo responsable:

Antoni M.C. Canal
Lino Emilio Díez
Maria Guarch
Quiteria Guirao
Joan Torra

Consejo asesor:

M. del Mar Albajar
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
Benjitu Bareto
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Cori Casanova
Paula Depalma
Albert Dresaire
Ascentxu Gómez
Manolo Juárez
Jordi Julià
Montserrat Lluveras
Tere Martín
Juan Carlos Pérez
Marta Pons
Mercè Solé

Dirección:

Centre de Pastoral Litúrgica
Nàpols 346, 1r.
08025 Barcelona
Tel. 93 302 22 35
wa: 619741047
cpl@cpl.es

Web:

<https://galilea.153.cpl.es/>

Fotografía de la portada:

Mercè Solé

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Síguenos en las redes
sociales: @CPLeditorial



LITURGIA Y SENTIDOS



El padre José Aldazábal decía que la liturgia debería distinguirse por un lenguaje expresivo, no solo de ideas y palabras y cantos, sino también de lo que no es verbal. E invitaba a celebrar una liturgia en la que los cinco sentidos tuvieran un papel, donde entrara de lleno la corporeidad.

Este número de *Galilea.153* lo dedicamos precisamente a ellos, a los cinco sentidos... y entraremos en la contradicción de explicar en palabras lo que es experiencia... porque los sentidos, por definición, solo pueden experimentarse.

José Carlos Bermejo reflexiona sobre el tocar (y no tocar) en la fragilidad, tema que aún vivimos de lleno por la pandemia de la Covid-19.

La vista que nos abre a la belleza es lo que nos explica el escultor Lau Feliu a partir de su experiencia al pensar su obra artística.

El oído es el sentido que desgrana Marta Aymerich respondiendo a las preguntas de la entrevista que le hace Mercè Solé.

Las hermanas clarisas de Viloví d'Onyar, una de las comunidades que elaboran las formas que distribuye el CPL, relacionan gusto y celebración litúrgica.

Mientras que María Esther Palma, desde la lejana Corea, nos habla del olfato y la oración.

A modo de recopilación, Lino Emilio Díez nos explica que, en la liturgia, los ritos y los signos son posibles mediante la sensorialidad con la que el ser humano experimenta el mundo y las relaciones.

Y como conclusión Dolores Aleixandre nos evoca la recuperación de los sentidos en la liturgia que en algún momento, quizá para contrarrestar el exceso, se habían perdido.

Termino con una reflexión personal. Al volver a las celebraciones presenciales, después de más de dos meses de confinamiento, me planteaba ir más allá de recuperar una rutina entre las muchas que han estado suspendidas este tiempo.

Y lo que me sale es que no puedo dejar de pedir a Cristo que me abra el oído para acoger el regalo de la Palabra que escucho cada domingo. Y que me abra los ojos para descubrirlo en el don del pan partido, pero también, y sobre todo, en el hambriento, el forastero, el enfermo, el preso, el desnudo... cuyo número, por desgracia, cada día aumenta.

M. ÀNGELS TERMES
matermes@cpl.es

TOCAR (Y NO PODER TOCAR) EN LA FRAGILIDAD

JOSÉ CARLOS BERMEJO, *Tres Cantos (Madrid)*

Fotografía: Daniel Alarcón



Coger de la mano, besarse, abrazarse, acariciarse. ¡Qué verbos tan potentes para humanizar! Nadie prescinde de ellos en su vida. Ni siquiera esos que dicen «que no les gustan los besos, o algo parecido». Conjugando estos verbos, vivimos, construimos nuestros vínculos, los reforzamos, nos procuramos salud: saludos, cariño, ternura, placer, consuelo. Son también un rito de encuentro... y de despedida.

¡Qué incomodidad, la falta de estos verbos conjugados, aunque sea temporalmente! ¡Qué rico apretón de manos sincero, qué rica caricia, qué rico beso de amor –sensual o no–, qué sabroso modo de relacionarse!

Ante el coronavirus

Durante el tiempo de confinamiento, estamos privados de muchísimos de estos momentos. Muy duro es privarse de ellos al final de la vida. Darlos a nuestros seres queridos enfermos y al final, recibirlos de nuestros seres queridos... es vivir humanamente, al modo que nos caracteriza. Privarse de ello es una experiencia de desierto, de impotencia, rabia... A veces, desolación. Mascamos la incomodidad, nos duele.

La privación del contacto en la fragilidad, nos hace experimentar más aún la pobreza. En ocasiones, sentimos que es una experiencia amarga. Porque, ¡qué poder el de la mano, el del contacto corporal!

El contacto corporal

Tocarse es también pecado. Ya lo creo. Lo es cuando hiere al otro, cuando es fruto de la violencia que termina en algo más que palabras. Tocarse es incómodo: cuando el autobús o el metro van a tope, nos sentimos fatal. Tocarse es, muchas veces, algo frío y rutinario: hay que saludarse. Pero tocarse es también comunicarse afecto íntimo y gozoso. Es acoger desinhibidamente la suave piel del niño y descargar en ella ternura sin medida. Es prestarse un servicio diagnosticando o curando enfermedades. Es, otras veces, comunicar, como en un abrazo sin agujeros, afecto sincero. Y tocarse es acoger la fragilidad del que sufre.

Coger de la mano del enfermo

Quizás sea este el contacto corporal más denso, el más difícil de vivir. Violencia, incomodidad, frialdad, intimidad, ternura, terapia, afecto, se dan cita en una mano que sostiene la de un enfermo o la de una persona angustiada. A veces, coger la mano de un enfermo requiere coraje, casi es un gesto de violencia consigo mismo. El contacto nos acerca y nos deja desprotegidos. Nos comunica, pero nos despoja de la máscara que permite la distancia. Nos pone en relación íntima y acogedora y descarga sobre nosotros emociones fuertes: la gran satisfacción de la cercanía y la impotencia ante el sufrimiento ajeno. ¡Pero más duro es no poder hacerlo!



Fotografía: Daniel Alarcón

Cuando el visitante o el profesional sanitario cogen la mano del enfermo, parece como si, por conducción, parte del sufrimiento pasara del enfermo al visitante. Así, el contacto corporal es terapia, sobre todo para quien no puede «curarse», pero es también fuente de tensión para quien osa romper la barrera que nos separa. Como lo es el silencio, que genera una tensión tan fuerte que no siempre se puede soportar. En tiempos de coronavirus, esta relación, en ocasiones, es también representativa o supletoria o hecha «en nombre de» las familias que no pueden estar presentes.

Apretarse las manos, acariciar, es una experiencia que levanta el ánimo, reconstruye a la persona, sobre todo si en las manos está el corazón. San Camilo de Lelis, experto en la atención a los enfermos, les decía a sus compañeros hace cuatro siglos: «más corazón en esas manos, hermanos». Es que las manos, el contacto corporal, tienen mucho poder cuando en ellas está puesto el corazón.

¿Quién puede saber lo que ocurre cuando tenemos entre nuestras manos las de un paciente despavorido, o cuando cogemos las de un anciano solo o desorientado? ¿Quién puede cuantificar el valor de un abrazo que se da a quien ha perdido al esposo, cuando siente que lo único que tiene en torno suyo son nuestros brazos? Privados de ello, queda el hilo espiritual de conexión, la dimensión trascendente.

Armonía entre palabra, silencio y gesto

Poder, libertad, impotencia, todas juntas en una mano que sostiene a otra enferma. El silencio y la profundidad del gesto significan: estoy contigo, no tengo palabras, pero comparto tu dolor. Un apretón de manos, una caricia, como un fuerte abrazo, no se lo lleva el viento. Pesan más que las palabras. Nuestras manos son capaces de hacer cosas admirables, milagros, como los hacía Jesús con su contacto terapéutico.

Quizás la armonía entre palabra, silencio y gesto, la encuentra quien escucha con el corazón.

Reflexión tras leer el artículo

El autor nos dice que tocar es comunicar afecto, es acoger, es prestar un servicio diagnosticando o curando enfermedades... pero también puede ser frío o rutinario, incómodo, e incluso puede provocar violencia. ¿Cuál es nuestra experiencia?

Armonía entre palabra, silencio y gesto:

- ¿Cómo la vivimos en nuestra relación con los enfermos, los ancianos, los más frágiles?
- ¿Y en las relaciones cotidianas?
- ¿Y en nuestras celebraciones?

MARTA AYMERICH: ESCUCHAR DESDE DENTRO

MERCÈ SOLÉ, *Viladecans*

Acaba de salir el sol. Interior de la pequeña capilla de San Gabriel, en el Santuario del Miracle, en Lérida, en medio de una naturaleza espléndida. Oscuridad absoluta solo atravesada por algunas velas encendidas. El grupo permanece en silencio. Comienzan a escucharse algunos sonidos. El oído se despierta: agua, algunos guijarros, el sonido suave de instrumentos de madera poco convencionales, percusión. Pausadamente, sin buscar el volumen. Comienzan a añadirse resonancias, sin pretensiones de afinación, que se van armonizando, provenientes de nuestro instrumento natural: la voz. A lo largo de estos instantes, el oído y la percepción se han afilado. Se respira calma y paz.



Así conocí a Marta Aymerich, que es quien condujo esta sesión de estimulación del oído. Por casualidad. Yo ayudaba en la hospedería de la Casa de Espiritualidad del Miracle y los organizadores del curso Natura & Espiritualitat, de la Universidad de Gerona, me invitaron a asistir a esta sesión, que se hacía allí. La experiencia me impresionó profundamente, hasta el punto de pedir a Marta esta entrevista, a pesar de que, en una revista dedicada a la liturgia, tal vez tocaría hablar de la música de nuestras celebraciones, del canto convertido en oración y de tantos y tantos aspectos, aciertos y dificultades que son relevantes en nuestra forma de rezar en las diversas comunidades.

Esta experiencia, sin embargo, viene a ser como una previa, como un contacto íntimo evocador de trascendencia que, de hecho, subyace en toda oración.

Para reflexionar sobre ello, hablamos con Marta Aymerich.

Lo que yo pretendo es invitar a experimentar la vida desde un sentido profundo. A través de los sentidos vividos desde dentro hacia fuera, para reconectarnos con nuestra verdadera naturaleza.

Cuando terminé la carrera de periodismo, con 22 años, fui al Japón, a Tokio. Y fue un impacto brutal, porque era una sociedad muy masificada y tecnológicamente muy avanzada. ¡Me sentía un poco robot!

Sin embargo, en contraste, encontré multitud de espacios donde la naturaleza era respetada, vivida y fuente de paz.

Una de las cosas que aprendí en Asia es que cuando tú les dices «limpia tu mente» para meditar, ellos se ponen la mano en el corazón. El cerebro no es la mente. La escucha se hace desde el interior, desde el corazón. Aprender a mirar desde dentro, a movernos desde dentro provoca cambios que conmueven y que ayudan a vivir en plenitud. Son experiencias. Y las experiencias no se olvidan.

Acabé viviendo más de un año en un monasterio, meditando en silencio profundo, en contacto con la naturaleza. Viví en Oriente casi diez años, me formé en medicina china, filosofía, movimiento, música, hasta que

sentí la llamada a compartir en mi entorno todo lo que Oriente me había aportado. Por eso ahora estoy trabajando como terapeuta a través de la música, del chi kung, de la atención y sobre todo de la naturaleza. Un entrenamiento para la escucha profunda, que incluye todos los sentidos. Creo que la naturaleza es la gran maestra.

En realidad en Occidente también hay una gran tradición de música y de oración a través del canto. Pero ahora en nuestra vida cotidiana no cantamos nunca. Cantamos mucho menos que años atrás. El ámbito cristiano es de los pocos que se conservan. Con todo, cuando

cantamos, tengo la sensación de que nos movemos en una especie de superficialidad inhibida.

No estamos acostumbrados a cantar y pensamos que necesitamos técnicas. Existen muchos grados de escucha. Pondré un ejemplo a partir del sentido de la vista. No es lo mismo ver que mirar, que observar, que contemplar y que sentirse contemplada. Son grados diferentes. Comienzas fijando tu atención en un punto, y acabas fundiéndote en la totalidad. Nuestra sociedad, debido a nuestra tendencia a dominarlo todo, hemos ido desarrollando un espíritu de investigación, de observación, de analítica, de detalle, pero hemos perdido la visión global.

Por lo que se refiere al canto, de pequeños, todos los niños cantan. Después sentimos que no cantamos correctamente y nos inhibimos. Pero existen muchas formas de hacer música. En Occidente nuestro sonido musical está temperado, es decir, dividido en notas muy precisas. Pero entre nota y nota existen muchos microtonos, matices, que nosotros tendemos a ignorar, pero que están muy presentes en las músicas más tradicionales. Y en realidad cada nota aviva una serie de armónicos que a menudo no percibimos, pero que están. El sonido nos permite darnos cuenta de cómo instrumentos afines vibran por simpatía llegando con el tiempo a fusionarse. Desde la armonía, la música tiene una gran capacidad de arrastrarnos a la danza infinita hacia el unísono. Yo trabajo con el sonido, para hacerlo consciente. Se dice que solo puedes escuchar un sonido cuando lo has experimentado.

Cuando cantamos con otros, como queremos estar afinados con el grupo, empezamos a

escuchar. Escuchamos y nos abrimos, y los armónicos comienzan a danzar y se genera una experiencia trascendente.

¿Crees que la conexión con la naturaleza nos conduce a ser más nosotros mismos?

No solemos percibir el sonido de la naturaleza, que está continuamente cantando. La madre tierra, árboles, viento, ríos, pájaros, emiten armonías casi imperceptibles a veces. Cuando nos conectamos con la naturaleza, entrando en esta escucha desde el corazón, ella comienza a cantar para nosotros, nos «afina», nos reconcilia con nuestra naturaleza interna... La clave es de dónde lo hacemos. Se necesita una actitud de humildad. No se trata de «hacer deporte en la naturaleza», sino de escucharla profundamente.

Ahora mismo, estoy trabajando en una aplicación de móvil que se llama «Do» (que en japonés significa «camino de aprendizaje»), que nos ayude a percibir y a integrar la naturaleza de Km 0, la naturaleza que incluso los urbanitas tenemos a nuestro alcance. Está pensada para las personas que viven en la ciudad y que sufren los efectos de una cierta desconexión de la naturaleza. La naturaleza es como una brújula, que nos abre los caminos del corazón, y que nos equilibra mente-corazón-espíritu. Eso nos abre a una experiencia de la vida mucho más plena. Mucho más completa. Nos lleva al agradecimiento y a la sencillez.

¿Qué podemos hacer para conectarnos fácilmente con la naturaleza?

Con el confinamiento, el hecho de estar todos en casa nos ha obligado a mirar hacia el interior. Hay quien lo ha sufrido.

Hay quien lo ha disfrutado. Lo que yo propondría a los que vivimos en la ciudad, que tenemos difícil ir a escuchar un río o el mar, es escuchar el agua en casa.

Una posibilidad sería tomar en casa un cuenco un poco ancho, porque amplifica el sonido con un efecto «cueva». Ponemos en él un poco de agua. Y jugamos con el agua. Cerramos los ojos y escuchamos el sonido de las gotitas que dejamos caer. O bien jugamos con una esponja. Es una forma de ir sintiendo cómo estas gotas nos afectan. Llegará un momento, si nos damos un poco de tiempo, en que escucharemos los sonidos de otro modo. Podemos jugar también con el agua en movimiento. Sacudiendo lentamente una botella pequeña, oiremos un sonido parecido a la lluvia. Con una botella grande, la sensación será otra.

En tiempos de incertidumbre y de ansiedad, como las que nos provoca la situación que estamos viviendo, hacernos conscientes de nuestra capacidad de ser nosotros mismos y de conectarnos con el mundo nos abre una gran esperanza.

Volvemos sensibles a la naturaleza, escuchar desde dentro, abrirnos a la presencia de los demás, unir nuestras voces y armonizarlas... Una aportación humana y universal que sin duda puede ayudarnos a vivir con autenticidad tanto las Bienaventuranzas como las celebraciones litúrgicas y que también es patrimonio de la tradición cristiana de muchas maneras: desde los Padres del Desierto, a la vida contemplativa o sencillamente a la conexión con la naturaleza que desprenden los evangelios. Todo puede sumar para contribuir a aquella actitud de *participación activa* de que hablaba el Concilio.

ARTE Y BELLEZA EN LA IGLESIA

LAU FELIU, *Barcelona*

Ya es difícil hablar de arte y de belleza que, si además, los queremos dentro del marco de una iglesia, creo que lo complicamos un poco más. Difícilmente entendemos de una misma forma qué es el arte y qué es bello, por eso procuraré apuntar algunas ideas que me acompañan en mi trabajo. Y particularmente en la realización de las obras de carácter religioso.

Se nos repite desde el mundo teórico-artístico que el arte es provocación, y sí, creo que sí. Pero provocar quiere decir causar, suscitar, estimular una reacción y aquí es donde cada artista escoge su actitud. Yo ni busco la polémica ni me interesa el escándalo y el rechazo. Yo he tomado partido por remover, con un poco de suerte, las emociones de quien quiere asumir el papel de receptor. Y ya sería fantástico si promoviera la reflexión estimulando el espíritu.

Y la belleza es un instrumento pero nunca suficiente en ella misma. Y si se convierte en el objetivo primordial, nos fijamos solo en la parte formal y despojamos al arte del mensaje, lo convertimos en un material de decoración.

Por otra parte el arte en la iglesia es bueno que lleve algo más que belleza, debe colaborar en la función del templo como espacio litúrgico, como espacio de oración.

Muchas veces he tenido la necesidad de hacer un crucifijo, una santa cena, pintar una estola de manera

personal como una forma más de hacer oración, de expresión íntima de la fe. Pero esto es una creación que normalmente se queda en casa.

Es cuando se te pide una obra para una iglesia cuando el planteamiento es distinto, menos espontáneo, más meditado. Ante todo, una vez visto el lugar donde debe situarse la pieza, empiezo a estudiar lo que tiene que representar. Si es un santo miro la iconografía, me impregno de su vida y si es posible leo alguno de sus escritos. Con esta información van tomando forma las imágenes que a base de esbozos dibujados y modelados con barro intento que recojan rasgos que definen la personalidad, la obra y al mismo tiempo puedan aportar un poco de didáctica. Por ejemplo el tímpano de Sant Martí de Provençals (Barcelona) representa al santo compartiendo la capa con el pobre. Para dar un sentido más catequético lo representé apeado del caballo y situado en el mismo nivel, despojado de su poder para abrigar al pobre. La caridad de tú a tú.

Y finalmente creo que es esencial que al realizar estas obras se viva el proceso con sinceridad, grávido de los sentimientos y emociones que la obra me provoca con la esperanza que pueda acompañar a alguien en su oración, que transmita un poco el espíritu que ha acompañado la realización.

Fotografía: Lau Feliu, *San Martín apeado del caballo*, tímpano de la parroquia de Sant Martí de Provençals de Barcelona.



EN LA LITURGIA... ¡CON LOS CINCO SENTIDOS!

LINO EMILIO DÍEZ VALLADARES, *Madrid*

Fotografía: Pixabay



En la liturgia, la unión de la comunidad con Dios acontece a través de una concatenación de ritos y de signos que son hechos posibles y participables mediante la sensorialidad con la que el ser humano experimenta el mundo y las relaciones.

La importancia de centrar el papel de los sentidos en la experiencia litúrgica resulta fundamental vista la rapidez de las acciones y la virtualización de las relaciones que caracteriza al mundo contemporáneo; la propuesta litúrgica puede y debe redescubrir y proponer en toda su belleza ese espacio de experiencia que, aun estando arraigado en el tiempo, permite entrar en la dimensión del Eterno. Mediante la liturgia terrena se participa en la celestial, pregustando la belleza de la Patria hacia la que caminamos; ello significa que toda nuestra sensorialidad ha de estar implicada en una experiencia de encanto mediante la concertada implicación de los elementos constitutivos de la espacialidad y la ritualidad.

No es corriendo tras los lenguajes de la contemporaneidad como la

liturgia puede expresarse plenamente, sino orientando al hombre de hoy hacia aquella expresión de estupor ante la belleza sin tiempo de la eternidad. Tacto, gusto, vista, oído y olfato deben ser directamente estimulados por la acción litúrgica y, mediante experiencias sensoriales, es posible vivir la participación comunitaria y sentir la nostalgia de la Patria eterna.

Los sentidos y la sensibilidad son las vías que tenemos a nuestra disposición para percibir la realidad: desde la realidad más simple hasta la realidad misma de Dios. Nos pertenecen para hacer resonar «realidad y Dios» dentro de nosotros y hacernos volver después a la realidad y a Dios con el corazón dilatado.

La tentación del mundo virtual, la cultura de la apariencia, los retos de lo cotidiano... pueden afrontarse con éxito si enraizamos los sentidos y la sensibilidad en la inteligencia y en la afectividad madura; si alabamos a Dios por los sentidos y por la sensibilidad. Él está con quien «siente» en su nombre; con quien dispensa atención y cuidado en su nombre; con quien teje vínculos de

solidaridad, comunión y compasión profunda en su nombre. Con quien ama en su nombre.

El cuerpo es un elemento esencial

Algunos desconfían del cuerpo en la oración, un cuerpo que habrá que domar o educar y quizá tratar duramente... El cuerpo es un don de Dios que se ha de respetar y que se puede convertir en verdadero soporte de nuestra alabanza; una senda, un camino de acceso a Dios. El modo en que, en la liturgia, son llamados en causa nuestros cinco sentidos nos lo manifiesta magníficamente.

Dialogamos...

- ¿Qué papel juegan en nuestras celebraciones los «cinco» sentidos?
- ¿Qué se le ofrece a la vista? ¿Qué se le ofrece al oído? ¿Qué se le ofrece al olfato? ¿Qué se le ofrece al tacto? ¿Qué se les da para gustar?

El incienso en la liturgia: significado

El incienso en la liturgia tiene un doble significado: por una parte, indica reverencia y veneración hacia lo que se incienso; por otra, simboliza la oración: «Suba mi oración como incienso en tu presencia» (Salmo 140,2).

El incienso en la misa: momentos en los que se utiliza

En la misa puede utilizarse en cuatro momentos:

- en la procesión de entrada y al comienzo de la celebración (se inciensan la cruz y el altar);
- antes de la proclamación del evangelio (el evangeliario);
- durante la preparación de las ofrendas (el pan y el vino, la cruz, el altar, y también al celebrante y al pueblo);
- y después de la consagración (la hostia y el cáliz durante la elevación).

El misal, sin embargo, dice que el incienso «puede libremente usarse» (por lo tanto, es optativo). Se requiere, pues, un criterio lógico y homogéneo y utilizarlo en las misas más solemnes. Tampoco es necesario usarlo en los cuatro momentos, sino que puede haber una gradación según los casos. Sin duda, los momentos más significativos son los previos a la proclamación del evangelio y a la plegaria eucarística, es decir, los momentos centrales: la doble mesa de la Palabra y de la Eucaristía.

El incienso en la misa: qué se incienso y cómo

¿Qué se incienso en la misa? ¿Quién incienso? ¿Cómo se incienso?

El celebrante incienso blandiendo tres veces el incensario: el Santísimo Sacramento, la reliquia de la santa Cruz o las imágenes del Señor, las ofrendas para el sacrificio de la misa, la cruz del altar, el evangeliario y el cirio pascual; todos como expresión de veneración al Señor.

Y «después son incensados por el diácono o por otro ministro –blandiendo también tres veces el

incensario–, el sacerdote, en razón de su sagrado ministerio, y el pueblo en razón de su dignidad bautismal»; porque también los ministros y la asamblea son presencia de Jesucristo en la liturgia.

En cambio, solo se incensan blandiendo dos veces el incensario las reliquias y las imágenes de los santos, y solo al inicio de la celebración. Por cierto, «antes y después de la incensación se hace una profunda inclinación a la persona o al objeto que se incienso, a excepción del altar y los dones para el sacrificio de la misa».



«GUSTAD Y VED QUÉ BUENO ES EL SEÑOR»

HERMANAS CLARISAS, *Fraternidad Santa Clara de Vilobí d'Onyar*

Fotografía: Formas elaboradas por las Hermanas Clarisas de Santa Clara de Vilobí d'Onyar.



La liturgia eucarística nos conduce a vivir plenamente el vínculo entre experiencia corporal y vivencia simbólica a través de los signos del pan y del vino. El Señor Jesús forma parte de nuestra corporeidad y transforma nuestro espíritu por medio de su Espíritu.

En estas líneas reflexionaremos sobre el sentido del gusto relacionado íntimamente con la celebración eucarística comunitaria.

Para interiorizar la fuerza de vida que el sentido del gusto nos proporciona, tenemos que ver y oír lo que está fuera de nosotros, para que lo que veamos y oigamos forme parte de nuestro cuerpo y sea alimento que mantiene la vida, hablando en términos biológicos.

Desde la dimensión espiritual, el gusto permite saborear el gusto de un ideal, descubrir el gusto del mismo Dios, así leemos en el salmo 33: «Gustad y ved qué bueno es el Señor».

Este «gustad» ¿qué significa? Rezado este versículo, vamos al relato de la última cena de Jesús. Fijándonos cómo el recuerdo del «gusto» de aquella cena, centrada y concentrada en el protagonismo indiscutible de un trozo de pan repartido entre los amigos y compañeros en el camino de la vida, ha quedado grabado en la memoria del corazón de toda la vida cristiana. Es este gusto lo que nos hace servidores, lo que nos hace hermanos; es el gusto que hace de la diversidad, la comunidad.

Comunidad que, generación tras generación, es convocada para partir el pan que da nueva vida a la vida; que llena de hermandad la soledad, que hace resplandecer la luz de la esperanza por encima de las

tinieblas de la tristeza. Este cambio lo hace posible algo tan simple, tan discreto, como un trozo de pan compartido por amor y desde el amor. Un trozo de pan que en el banquete eucarístico se transforma en el Cuerpo del Señor y que se une al cuerpo de cada creyente para dar gusto a la vida: gusto de solidaridad, de fraternidad, de vida que no descansa hasta darse totalmente por cada hermano, cada hermana... gusto de Evangelio.

El gusto de la Eucaristía cristiana llena de sentido todo lo que hacemos y vivimos porque es el gusto de la donación sin condiciones.

¿Llenamos de «gusto» nuestros encuentros eucarísticos, interiorizamos personalmente esta donación del Señor? Que la liturgia de la Eucaristía salga fuera de nuestros templos para vivirla en nuestras relaciones, dándole fuerza con el testimonio encarnado del Evangelio. Esta liturgia solo tiene sentido si la transformamos en carne de nuestra carne, como hizo el mismo Jesús.

¿Cuándo comemos el cuerpo del Señor, qué gusto nos deja? De la respuesta que demos dependerá que el Evangelio dé gusto a nuestra vida. Gusto de oración, de servicio. En definitiva, de la respuesta que salga del corazón de cada cristiano, de cada cristiana, dependerá que la vivencia de la liturgia eucarística deje una huella de vida allí por donde pasemos o, simplemente, sea una serie de ritos religiosos. Evangelio y liturgia crearán vida nueva en nuestra pequeña iglesia doméstica si dejamos que el pan hecho Cuerpo de Cristo dé gusto a la Vida.

EL OLFATO Y LA ORACIÓN

MARÍA ESTHER PALMA, *Corea*

Aún recuerdo hace un par de años, cuando hacía unos días de ejercicios espirituales ignacianos, la invitación a entrar con el corazón y los cinco sentidos en la escena del nacimiento de Jesús. Se trataba de oler las pajas, los animales, el pesebre, el burro e incluso de intuir, por el olor, el cansancio de José y María. La imaginación visual la tengo más desarrollada pero esta tarea de utilizar el olfato en la oración he de confesar que no me fue nada fácil.

Los cinco sentidos son muy importantes en nuestra vida y aportan distintos matices a nuestra sensibilidad. En la película coreana «Parásitos» recientemente galardonada con numerosos Oscars, el olor es algo súper importante. Para su director Bong Jun Ho, el olor nos habla de la cercanía que existe entre las personas y también de la lucha de clases sociales. El olor define según él la identidad de una persona, la clase a la que pertenece y llevando un poco lejos este tema, en las escenas finales, parece ser el motivo que desencadena un asesinato.

Pero, y para nosotros los creyentes, ¿es el olor algo importante en nuestras liturgias, en nuestra oración, en nuestro modo de relacionarnos con Dios, con los demás y con nosotros mismos? En la palabra de Dios san Pablo nos invita a ser «buen olor de Cristo» y a extender su «fragancia» por el mundo entero (2 Corintios 2,14). Pero ¿se trata de una invitación literal? ¿O estamos hablando siempre «en sentido figurado»? Acaso ¿nos hemos hecho esta pregunta alguna vez? ¿Es importante para nuestra oración y para nuestra vida litúrgica el olfato? El oído es importante porque nos permite escuchar los textos, la música e incluso el uso de los instrumentos, la patena, el cáliz, el caer del agua al lavarse las manos el sacerdote, etc. La vista es importante porque los símbolos visuales de la liturgia son muy poderosos: el altar, la cruz, el Cuerpo de Cristo que se eleva, las vestiduras del sacerdote, las velas, etc. El tacto es importante en el saludo de la paz, en el tomarnos las manos a veces en el rezo del Padrenuestro (¿cómo lo echamos de menos ahora en tiempos de distancia social!). Pero ¿y el olfato?

«Suba, Señor, a ti mi oración, como incienso en tu presencia», reza el Salmo 141. Al iniciar mi oración

personal, en el suelo, sentada en mariposa, siempre enciendo una vela, es todo un rito, visual, pero también implica el olfato. Siempre enciendo también una varita de incienso delante del antiquísimo icono copto de la «amistad» y todo me habla de lo que soy. Mi vida se debe ir desgastando poco a poco en amor para los demás de un modo discreto, como humo que se eleva a Dios. El sí la ve y recoge esa entrega. Ojalá que no quede nada, excepto ese buen olor, de quien «pasó por este mundo haciendo el bien». Qué grande que al consumirse la varita solo quedan cenizas. «Somos polvo» pero toda la habitación se llena de ese perfume. Como en el encuentro de Jesús con aquella mujer, días antes de morir, que derramó el preciado perfume de nardos y lavó los pies con sus cabellos.

Quizás deberíamos despertar mucho más esta sensibilidad al olfato en nuestras liturgias comunitarias y oraciones personales, para que así también nuestras vidas sean poco a poco y cada vez más ese «perfume» agradable a Dios.

Fotografía: Pixabay



CATAR LA ORACIÓN CON LOS CINCO SENTIDOS

Estos días pensaba que la oración no tiene porque ser una triste recitación.

Los libros bíblicos nos invitan a acercarnos a Dios con los cinco sentidos, a postrarnos ante el Señor

y aclamarlo con todas nuestras fuerzas (*Lamentaciones 2,18*);

porque hay «tiempo de llorar, tiempo de reír;

tiempo de hacer duelo, tiempo de bailar». (*Eclesiastés 3,4*)

Y a Dios se llega por distintos caminos.

Todavía más...

La invitación a orar con los cinco sentidos

se fundamenta en la manera como Dios mismo –nos dice la Biblia–

acoge con los sentidos nuestra oración:

- Con sus ojos: «El Señor Dios vela y con toda seguridad se apiadará de nosotros». (*2 Macabeos 7,6*)
- Con el tacto: «La mano del Señor no es tan débil que no pueda salvar...». (*Isaías 59,1*)
- Con el oído: «... ni su oído tan duro que no pueda oír». (*Isaías 59,1*)
- «Él escuchó mi voz, y mi grito llegó a sus oídos». (*2 Samuel 22,7*)
- Con la nariz: «El Señor olió el aroma que aplaca». (*Génesis 8,21*)
- Con la boca: «Dios le hizo oír su voz». (*Eclesiástico 45,5*)
- Con su corazón: «Él escuchó mi voz, y mi grito llegó a su corazón». (*Salmo 18,7*)
- Con todo su ser: «Escuchadme, casa de Jacob, resto de la casa de Israel, con quienes cargué desde el seno materno, a quienes llevé desde las entrañas». (*Isaías 46,3*)

Animado pues por el Espíritu de Dios, elevo mi oración:

- Con mis ojos: a través de este icono que me ayuda...
- Con el tacto: tocando con delicadeza las páginas de la Biblia...
- Con el oído: escuchando estos cantos espirituales...
- Con la nariz: oliendo el buen olor de la vela encendida...
- Con la boca: cantando y recitando estas palabras...
- Con todo mi corazón: para que se llene del gozo de tu Presencia...
- «Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas». (*Salmo 16,9*)

Y todavía más si supiera tocar algún instrumento o bailar sin miedo...

¡Y qué delicia cuando comparto la oración de la Comunidad!

Si soy consciente, participo en ella con todos mis sentidos

y así, junto al Salmista, puedo cantar:

«Me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha». (*Salmo 16,11*)

Amén.

VACACIONES LITÚRGICAS

PAULA DEPALMA, *Madrid*

Dedicar el tiempo de verano a profundizar en los relatos bíblicos y en las fiestas que propone la liturgia nos ayuda a vivir unas vacaciones en un profundo contexto eclesial. Este período de vacaciones es ciertamente especial. Hemos vivido, con el confinamiento ocasionado por la epidemia, la reducción de la liturgia y de las celebraciones a su mínima expresión. Hemos estado en casa innovando gestos y ritos para celebrar la Semana Santa y hemos seguido profundizando en la fe en un nuevo contexto: el de las casas y el de la cercanía de la enfermedad y el duelo (o la falta de duelo). Tal vez estas vacaciones podemos vivir más a fondo la liturgia incluso continuando con los ritos que hemos iniciado en las casas y desde las situaciones concretas que nos tocan vivir.

Por su parte, la liturgia de los meses de agosto y de septiembre nos propone seguir durante los domingos el evangelio de Mateo. Son domingos que corresponden al tiempo ordinario y que se ven interrumpidos únicamente por la solemnidad de la Asunción, que es el 15 de agosto, día festivo y recomendado para que todos asistamos a la Eucaristía en honor a María. Por ello primará el color verde de los ornamentos de los domingos y feriales, salvo en las fiestas marianas donde prima el blanco o el azul-celeste (solo en España).

Otras fiestas importantes en este período de verano son las dos dedicadas al Señor: el 6 de agosto la Transfiguración del Señor y el 14 de septiembre la Exaltación de la Santa Cruz. También hay una en honor de María, el día 8 de septiembre, que recordamos la Natividad de María (nueve meses después de la Inmaculada Concepción, que es el 8 de diciembre).

Muchas otras fiestas en honor de distintos santos recorren estos dos meses de verano. Algunas de ellas en agosto son las de los santos Cayetano el 7 de agosto, Domingo de Guzmán el 8 de agosto, Clara el 11 de agosto, Roque el 16 de agosto, Rosa de Lima el 23, Bartolomé el 24, Mónica el 27, Agustín el 28.

En septiembre recordamos entre otros a Egidio el día 1, a Hildegarda el 17, a Mateo el 21, a Cosme, Damián y Justina el 26 y a Sofía el 30.

Recordar y vivir los tiempos litúrgicos nos ayudarán a fortalecer la fe en estos tiempos tan especiales que nos toca vivir. Y a habitar cristianamente el lugar preciso en el que nos encontremos, rodeados por las personas que están con nosotros. Hacer de nuestras casas y de nuestras comunidades concretas en esos momentos un lugar lleno de la presencia de Dios es un desafío de transformación hoy imprescindible. Vivir la liturgia puede ayudarnos en este desafío.





Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web: <https://goo.gl/Y17Siv>

Domingos del 18 al 26 del tiempo ordinario, ciclo A

*Con la solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María
Del 2 de agosto al 27 de septiembre de 2020*

Domingo	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Domingo 18 2 agosto	Venid y comed <i>Isaías 55,1-3</i>	Nada podrá separarnos del amor de Dios <i>Romanos 8,35.37-39</i>	Comieron todos y se saciaron <i>Mateo 14,13-21</i>
Domingo 19 9 de agosto	Permanece de pie en el monte ante el Señor <i>1 Reyes 19,9a.11-13a</i>	Desearía ser un proscrito por el bien de mis hermanos <i>Romanos 9,1-5</i>	Mándame ir a ti sobre el agua <i>Mateo 14,22-33</i>
Asunción de la B. V. María 15 de agosto	Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal <i>Apocalipsis 11,19a; 12,1-6a. 10ab</i>	Primero Cristo, como primicia; después, todos los que son de Cristo <i>1 Corintios 15,20-27a</i>	El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; enaltece a los humildes <i>Lucas 1,39-56</i>
Domingo 20 16 de agosto	A los extranjeros los traeré a mi monte santo <i>Isaías 56,1.6-7</i>	Los dones y la llamada de Dios son irrevocables para Israel <i>Romanos 11,13-15.29-32</i>	Mujer, qué grande es tu fe <i>Mateo 15,21-28</i>
Domingo 21 23 de agosto	Pongo sobre sus hombros la llave del palacio de David <i>Isaías 22,19-23</i>	De él, por él y para él existe todo <i>Romanos 11,33-36</i>	Tu eres Pedro, y te daré las llaves del reino de los cielos <i>Mateo 16,13-20</i>
Domingo 22 30 de agosto	La palabra del Señor me ha servido de oprobio <i>Jeremías 20,7-9</i>	Presentad vuestros cuerpos como sacrificio vivo <i>Romanos 12,1-2</i>	Si alguno quiere venir en pos de mí que se niegue a sí mismo <i>Mateo 16,21-27</i>
Domingo 23 6 septiembre	Sí no hablas al malvado, te pediré cuenta de su sangre <i>Ezequiel 33,7-9</i>	La plenitud de la ley es el amor <i>Romanos 13,8-10</i>	Si te hace caso, has salvado a tu hermano <i>Mateo 18,15-20</i>
Domingo 24 13 septiembre	Perdona la ofensa a tu prójimo y, cuando reces, tus pecados te serán perdonados <i>Eclesiástico 27,33-28,9</i>	Ya vivamos, ya muramos, somos del Señor <i>Romanos 14,7-9</i>	No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete <i>Mateo 18,21-35</i>
Domingo 25 20 septiembre	Mis planes no son vuestros planes <i>Isaías 55,6-9</i>	Para mí la vida es Cristo <i>Filipenses 1,20c-24.27a</i>	¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno? <i>Mateo 20,1-16a</i>
Domingo 26 27 septiembre	Cuando el malvado se convierte de la maldad, salva su propia vida <i>Ezequiel 18,25-28</i>	Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús <i>Filipenses 2,1-11</i>	Se arrepintió y fue. Los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el reino de Dios <i>Mateo 21,28-32</i>

Memoria de una conversa

DOLORES ALEIXANDRE, *Madrid*

Pertenezco a la generación que vivió los primeros cambios del Vaticano II y que comenzaron por la liturgia: había que sacudirse las sandalias de tanto polvo de rituales arcanos y vestimentas extrañas; había que desterrar también costumbres anquilosadas y nos pusimos a ello con entusiasmo. Queríamos acercar la Eucaristía al Pueblo de Dios para que volviera a ser Pan roto y compartido que circulaba en la comunidad de hermanos y hermanas. No siempre supimos hacerlo con tino. Recuerdo celebraciones sin altar, sin mantel, sin ornamentos, sin velas, sin flores: todos alrededor de una mesa con un plato y un vaso de la cocina, pan y vino normales y en alguna ocasión, hasta ceniceros para que el celebrante pudiera fumar sin problemas. La «conversación homilética» devoraba casi todo el tiempo, no se usaba libro alguno y el ritual se iba improvisando. Con el paso del tiempo yo iba notando un malestar difuso,

como si mi sentido estético se resintiera, pero era impensable una vuelta atrás: cualquier propuesta en ese sentido sería tachada de conservadurismo.

Pero a final de los 70 fui en Pascua a Taizé y ese fue mi «camino de Damasco» porque allí «recuperé los sentidos». Viví con asombro la importancia que daban a los iconos, al orden, a la luz y las flores, al color, la música y el incienso. Me sumergí en otro ámbito al que había dejado de dar importancia y tomé conciencia de cuánto me ayudaba todo aquello que yo daba por irre recuperable a la hora de celebrar y rezar. Mis sentidos estaban hambrientos y se dieron un banquete, estaban atrofiados y despertaron.

Pero lo difícil me esperaba a la vuelta. Me puse a actuar con ese fervor no siempre acertado de los conversos, empeñada en introducir cambios en nuestro modo de celebrar, pero en mi entorno pastoral (sacerdotes, catequistas,



animadores de grupos) no estaban por la labor de incorporar nada nuevo. Les parecía que dar importancia a la estética y cuidar la vista, el oído o el olfato era puro esteticismo y que eso significaba un paso atrás, un intento de sacralizar lo que se había secularizado con tanto esfuerzo y tantas rupturas. Me dijeron que me había vuelto conservadora y espiritualista y que no entendían qué necesidad había de poner en cuestión lo incuestionable.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, las cosas han vuelto a su cauce. ¿A su verdadero cauce? Cuánto nos queda aún para que todo nuestro ser, sentidos incluidos, «entre en el gozo del Señor»...